

ADVERTENCIA

La *Sociedad Lingüística de París*, en aquellos años en los cuales el positivismo dominaba en todas las ciencias, se negó a admitir cualquier comunicación que tratase sobre el origen del lenguaje. Éste no era un problema de la lingüística sino un asunto para especulaciones metafísicas. Como la aparición del hombre, tal vez sea ésta una cuestión irresoluble para siempre. Este opúsculo – sin mayores pretensiones – se acoge únicamente al fuero del arte y la literatura no reconoce otras leyes que aquellas que a sí misma ella se ha dado.

DIÁLOGO DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

A finales del siglo XVI. Hora de la mañana. Unos soldados borrachos atraviesan la plaza. En el claustro de la universidad dos estudiantes conversan acerca del origen del lenguaje.

DIEGO.- En esto veo, Juan, la grandeza de Dios.

JUAN.- En qué, Diego.

DIEGO.- En que podemos ambos asomarnos a nuestras almas con la ayuda de nuestras voces.

JUAN.- Yo también admiro ese don portentoso que nos hace tan distintos de los brutos.

DIEGO.- Pues si somos del mismo sentir ¿no estaréis de acuerdo en razonar sobre materia tan importante?

JUAN.- Ninguna cosa me daría un mayor deleite.

DIEGO.- Pues todas las cosas deben comenzar por sus principios, quisiera saber cuál sea el origen del lenguaje.

JUAN.- Antes cruzaría el océano montado en unas tablas que contestar a esta pregunta.

DIEGO.- Pero el conocimiento de una ciencia debe añadir también el lugar de dónde parte si es que ella no quiere ser tenida como imperfecta.

JUAN.- ¿No conocéis la historia de Antón Pirulero?

DIEGO.- Nunca la he oído.

JUAN.- Un hombre cuya fortuna habíase amasado en el Perú visita nuestra vieja universidad y un maestro, deseando alabar la importancia de este recinto académico, le dice: *“Aquí se ha debatido durante siglos”*. A lo cual responde el hombre acaudalado, más activo que contemplativo: *“¿a qué conclusiones han llegado?”*.

DIEGO.- Ya sé que muchos buscan y se desviven detrás de este problema como otros persiguen El Dorado sin alcanzarlo; pero ¿no somos como aquella mariposa que atraída por la luz se quema en la candela?

JUAN.- Pláceme vuestra valentía, y quiero con vos volar como Ícaro aunque caigamos al mar derretidas nuestras alas de cera, que torres más altas han caído y son muchos los ingenios que han naufragado en este misterio antes que nosotros.

DIEGO.- ¿Concedéis que si debe hallarse el origen del lenguaje éste se ha de encontrar por fuerza más cercano de aquellas naciones que llamamos salvajes?

JUAN.- Yo tal idea no la osaría defender con las armas

de la razón?

DIEGO.- ¿Pues cómo?

JUAN.- Los misioneros que pretenden llevar el evangelio a los indios cuentan que sus lenguas son tan difíciles y antiguas como las nuestras y por esta causa tienen mucha dificultad de traducir nuestras palabras a las suyas.

DIEGO:- Si me cerráis el camino convenceros he siguiendo otra senda. Creo que los niños nos enseñan cómo los hombres aprendimos a hablar. ¿No os contenta esto?

JUAN.- ¿Por qué queréis que me contente aquello que no es verdad? ¿No veis que los niños no crean una lengua sino que la aprenden ya hecha de la boca de sus padres? Y aunque hubiese un niño abandonado en la selva sin ninguna compañía humana pronto sabría hablar cuando estuviera en la sociedad.

DIEGO.- Me basta lo dicho, que porfiar es propio de bestias más que de hombres razonables. Y aún así, a despecho de ello, ¿qué podemos pensar cuando varios niños llegan juntos a la edad adulta sin nunca escuchar una palabra de los hombres?

JUAN.- Este es el cuento de Herodoto cuando narra la historia de un faraón que encierra a dos niños prohibiendo que se les hable para saber cuál es la primera lengua del mundo.

DIEGO.- ¿Y qué fue de ello?

JUAN.- Estas son ficciones de los griegos, como los animales que hablan. No hay un hombre cristiano que fuese capaz de hacer una prueba así de inhumana. Y si ello se hiciese, ni siquiera tendríamos nada averiguado pues el lenguaje no nace al cabo de una generación de hombres, mas de muchos millares de ellos. Si algún día la tierra fue toda llanura nadie ha visto jamás crecer las montañas.

DIEGO- No quiero aquí soltar el lazo sino apretarlo más para que deis cumplida respuesta. Vemos que los niños cuando se nutren de la madre hacen al succionar unos sonidos y que de éstos nos viene la palabra *mama* para nombrar al pecho. Y esto es tan universal que incluso en las Indias se escucha lo mismo a quienes no hablan castellano.

JUAN.- Paréceme que de dos bellotas queréis sacar un bosque de hayas. Pero como dicen los esclavos negros, los dioses han dado al hombre sólo una boca para hablar y dos oídos para escuchar.

DIEGO.- Oídme, pues. Cuando un niño lactante tiene hambre ¿qué hace sino llorar? Y la madre apresurase entonces a darle su alimento y como esto se repitiese varias veces el niño une en su memoria la imagen del llanto con la atención materna. Yo os digo que ese llanto en pañales no es otra cosa distinta a cuando los hombres ya adultos dicen “dame leche”.

JUAN.- Pues vale la pena oíros, seguid hablando que nada he de decir hasta que acabéis vuestras razones.

DIEGO.- Digo también que ese “dame leche” del lactante es la misma cosa que cuando los italianos oyendo decir *mu* entienden y se representan con ese sonido la *mucca*.

JUAN.- En este punto me tiene y atenaza una duda. Ciertamente la palabra *mucca* tiene una relación natural con el sonido del animal, pero no existe esa unión en nuestra palabra *vaca*. ¿Creéis que las palabras han nacido por imitación de las cosas o bien que siendo el hombre la medida de todas ellas han hecho aquellas palabras a su antojo para servirse de ellas?

DIEGO.- ¿Conocéis alguna persona que tenga como nombre Herrero?

JUAN.- Sí, y en mi tierra hay muchos con el nombre de Ferrer.

DIEGO.- ¿Y es preciso que todos éstos que se llamen así tengan dicho oficio?

JUAN.- Claro que no, pues basta que un primer antepasado ejerciendo dicho menester lo haya dejado en herencia a todos sus descendientes.

DIEGO.- Luego las palabras no dicen en el presente aquello que fueron en el pasado. Si hacemos la pesquisa

del origen primero de la voz *herrero* veremos que ésta viene de la voz latina *ferrum* por ser éste mineral el usado en sus herramientas; pero no podemos ir más allá como si ante nuestros ojos se hubiesen alzado las columnas de Hércules.

JUAN.- Los gramáticos dicen que nuestras lenguas vulgares son la degradación del latín con el envejecer de los años, mas podríamos imaginar que también el latín o el griego sean la degeneración de una lengua anterior más excelsa. Y de esta manera, saltando de rama en rama como hacen las ardillas, podemos hallar la lengua primera que según los teólogos es el hebreo por ser ésta la lengua en la que está escrita la Biblia y la que hablaba Adán en el paraíso.

DIEGO.- Como dialogamos a solas, y nadie nos oye, os diré mi pensamiento sin ningún celaje que impone la prudencia. La Biblia no quiere enseñarnos las cosas que han pasado en la historia sino tan sólo dar lecciones de moral que convengan al hombre. Y así podemos ver que el hombre habla porque es un ser racional y por esto se dice que es hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero como el hombre cayó en el pecado, esas discordias toman como símbolo la torre de Babel en la que vemos a cada hombre hablar sin entenderse con el vecino. Y éste estado de guerra permanente debe acabar con el don de lenguas de Pentecostés cuando el evangelio sea anunciado a todos los pueblos.

JUAN.- Pues habéis abierto vuestro pecho, también yo quiero abrir el mío. Los teólogos hablan de Dios sin haberlo visto, nosotros hablamos a los hombres que los vemos y tocamos. No curemos de las cosas de las alturas pues hasta los místicos cuando quieren referirlas no

hallan las palabras y deben contentarse con el silencio.

DIEGO.- Puesto que ya hemos hablado de lo divino hablemos otra vez de lo humano. Proseguid adelante que ningún temor ni cautela frene vuestra lengua.

JUAN.- Decidme ¿cómo llaman los tudescos al color que tiene la castaña?

DIEGO.- *Braun*, si no me equivoco.

JUAN.- ¿Y los habitantes de Inglaterra?

DIEGO.- Dicen *brown*.

JUAN.- ¿No veis la semejanza? Ésta se debe a que esas voces no son latinas sino de aquellas que vinieron con los godos. También nosotros tenemos la misma palabra germánica y es *bruno*, cuyo sentido es pardo u oscuro.

DIEGO.- Os sigo sin saber dónde me lleváis.

JUAN.- Todas esas palabras designan el color marrón y también comienzan por la letra *b* seguida de la *r*.

DIEGO.- Tirad otra carta, que no veo vuestro juego.

JUAN.- ¿A qué llamáis aguas bravas? ¿No serán los

torrentes bravíos porque siendo violentos e impetuosos arrancan ramas y las aguas turbulentas adquieren un color terroso? ¿Y no se dice igual de las costas en las que el mar furibundo azota las rocas?

DIEGO.- Mayor moneda me habéis de dar para que os conceda la palma.

JUAN.- A juro que aquí mismo la tendréis. ¿Cómo decimos los catalanes al color azul?

DIEGO.- Y también los valencianos, pues ambos decimos *blau* para llamar al color del cielo.

JUAN.- Esta palabra, como *bleu* en francés, tampoco es latina sino germana como *bruno*, *brown* y *braun*. ¿Queréis que siga?

DIEGO.- Pues habéis tomado la carrera sólo os queda saltar.

JUAN.- La letra *r* con una consonante delante nos trae a la mente una imagen brusca, ruidosa, como vemos en palabras como *bramar*, *bronca*, *trancozo*, *trueno*, *traqueteo*, *trepanar*, *trompeta* y *crótalo*. Pero en la otra mano tenéis la letra *l*, dulce y meliflua, y la cual hallamos en voces que nos hablan de agua, como *fluir*, *afluente*, *ablución*, *pluvia*, *aluvión*, *diluvio*, *lavar*, *lagar*, *licuar*, *laguna* y la conocida por sus canales Lovaina.

DIEGO.- Si la consonante *b* seguida de *r* nos sugiere las aguas marrones y terrosas en cuanto bravas, imagino que diréis que la misma consonante seguida de la letra *l* representa la idea contraria: las aguas *blavas*, azules, cristalinas, límpidas.

JUAN.- Sí, eso es, pero no solamente porque se imiten los sonidos sino porque la alternancia de *b* y *r* con *b* y *l* es una forma analógica y así tenemos que el color del cielo y del mar se opone al color de la tierra.

DIEGO.- No veo claras sino muy turbias esas aguas marrones o terrosas frente a esas otras aguas mansas, azules y transparentes.

JUAN.- ¿Y no advertís que esa falta de razón es ya por sí misma una razón? Pues comprendemos que entre *roja* y *rosa* haya una diferencia en la intensidad del color; o bien que exista una relación de contrarios, como en *black*, que así llaman los ingleses al color negro, y su opuesto *blanco*, una palabra que el castellano toma prestada de la lengua germánica. Pero ¿qué puede haber para que se opongan dos colores tan ajenos entre sí y sin ninguna comparación? ¿Acaso el lenguaje puede juntar y distinguir aquello que la naturaleza no se cura el trabajo de hacerlo? Si alguna razón tenéis que oponer os ruego que la digáis.

DIEGO.- Nunca he oído decir tal cosa al maestro. Vuestra bravura más propia es de la gente bárbara que de un hombre cultivado. Y si no os ofendieseis os diría que todos vuestros *brunos*, *braunes* y *blaves* no son otra cosa que extravíos y calenturas de la mente.

JUAN.- Juzgad lo que oyereis, no a quien lo oyeseis. Si un campo pedregoso se hallare sin dueño ¿no es cosa justa que un hombre cualquiera reclame también su parte de la herencia? Depravado no soy, mas hombre de linaje. Y aunque muchas razones juntas pueden hacer más débiles los argumentos en vez de afirmarlos, quiero daros una doble ración. ¿No habéis visto nunca disparar el arcabuz?

DIEGO.- Sí, lo he visto y aun tenido entre mis manos.

JUAN.- Pues entonces sabréis que una leve desviación del ángulo hace errar el tiro y la bala desatinada cae lejos del destino en el que hemos puesto la mirada.

DIEGO.- Todo el mundo sabe eso.

JUAN.- Pues bien, la pronunciación de la letra *l* y de la *r* no están tan alejadas ambas puesto que vemos entre los andaluces decir *arma* cuando quieren decir *alma*. Empero, esta separación pequeña muda el sentido de las voces como venimos de ver con los colores *braun* y *blau*, y de aquí se sigue que el vocabulario aumenta y crece con ello y el río no se reconoce en la desembocadura para el que antes lo ha visto manar en la fuente.

DIEGO.- Temo que vuestra arma no acierte en el blanco si os aferráis a vuestras opiniones en este punto.

JUAN.- ¿Vais a esconderos detrás de los maestros?

DIEGO.- Mal dije entonces pues no me hacen faltas escudos para contradeciros ni bocas que digan por ellas lo que yo sé decir por mí mismo.

JUAN.- Hablad, que os escucho.

DIEGO.- Yo os digo que *black* o negro es tan opuesto a *blau* como *blonde* y que todas esas voces dichas solamente designan en la lengua de los pueblos germánicos varios colores colgados de la misma raíz.

JUAN.- Doy un paso atrás puesto que mucho adelanté y no es posible caminar sobre el hielo sin caerse. Perdido soy, volvamos sobre nuestras pisadas.

DIEGO.- Dijimos que los niños abandonados y criados entre las bestias no pueden enseñarnos nada de cómo nace el lenguaje. Pero ¿no podrá darnos alguna lección el lenguaje de los animales si es que se puede llamar como tal a la manera en que ellos se comunican?

JUAN.- Cada animal tiene su propio sonido y así vemos que nadie confunde el ladrido del perro con el maullar del gato ni éste con el relincho del caballo. Pero todas estas voces juntas y por separado se distinguen del habla humana por una razón esencial.

DIEGO.- Tardáis ya en decirla.

JUAN.- Los sonidos animales se suceden siempre en un

mismo orden inalterable y así cuando el perro ladra diciendo *guau* debe pronunciar primero la letra *g* y luego la *u* y así con las otras restantes. Y como esta posición es fija y siempre la misma, los animales solamente pueden repetir de manera constante una misma voz y ello cuantas veces quieran. Pero no sucede esto con el hombre.

DIEGO.- Decís bien, y yo mismo no habría podido decirlo mejor. También he observado que los sonidos humanos no guardan siempre una posición fija, mas mudan entre ellos de manera que *saco* no es lo mismo que *cosa* ni *mesa* se confunde con *misa*.

JUAN.- Esta regla es la que advertimos antes al mutar la voz *braun* en *blau* y de ella se sigue que los hombres puedan crear una variedad y multitud de palabras distintas sin las cuales no habría lenguaje pues no puede llamarse tal al que solamente tiene una voz como en los animales.

DIEGO.- Habláis como un libro, pero os falta una página. Mi perro dice más cosas de las que vos le mandáis. Y así tiene un ladrido lastimero cuando parto, otro de alegría cuando me recibe y aun más un tercero amenazador cuando algún forastero se acerca a mi casa. Y estos tres ladridos son tan distintos como el hijo lo es del padre y el padre del abuelo.

JUAN.- Decís muy gran verdad, pero todos esos sentidos solamente existen variando el tono, así como nosotros mismos hacemos cuando expresamos los diversos afectos y sentimientos de nuestra alma diciendo lo mismo.

DIEGO.- Perdonadme por esta vez, que fue sin malicia. Ciertamente que a mi perro únicamente le falta hablar y para hablar hay que tener conciencia del signo y ello no puede darse sin tener antes conciencia. Y así ser hombre y hablar es todo una y la misma cosa, pues el estagirita llamó al hombre animal social y nunca se ha visto una sociedad donde todos sean mudos.

JUAN.- A la fe, que es gentil observación ésta y que no hay lenguaje sin haber signo ni tampoco signo sin haber conciencia. Pero si no queréis decir digo donde dije Diego os pido que me digáis qué cosa entendéis por signo.

DIEGO.- Entiendo por signo una materia sonora a la que se atribuye un objeto o idea de manera que la una no pueda subsistir sin la otra y entrambas formando una única sustancia.

JUAN.- Creo que a vuestro retrato le falta alguna pincelada. ¿Tendréis como signo el grito de una ave que avisa a sus congéneres de la presencia de un animal peligroso?

DIEGO.- Tenéis razón, no supe lo que me dije.

JUAN.- No os humilléis, pues vale más hacer medio camino que permanecer en la posada. Como vos pienso que el signo une alguna voz con el sentido dado a ella. Pero echo de menos en esto una cosa.

DIEGO.- ¿Cuál es ésta?

JUAN.- Dejádme antes que os cuente otra historia. Un pastor engañaba a los aldeanos gritando alarma ante la llegada del lobo hasta que un día el lobo llegó y los aldeanos no le creyeron. El aviso de las aves tiene una respuesta cierta e inmediata en el acto mientras que el lenguaje mentiroso del pastor tiene una significación en potencia. Como cuando un viajero llena de comida su mula en espera de sentir hambre, así los hombres podemos mantener en la memoria las palabras para usarlas cuando creamos conveniente y esto aún cuando éstas sean falsas. ¿Qué lenguaje sería aquél en el que no pudiésemos hablar de las cosas sin estar ellas presentes?

DIEGO.- ¡Linda cosa! Hablar de quien está ausente más parece murmuración que lenguaje.

JUAN.- ¿A las andadas con las vacas? El criado que vos arrojáis por la puerta entra ladrón por la ventana. Como la mu de mugir también *murmuración* es voz de la naturaleza.

DIEGO.- ¿Piensas que estas voces son la causa de las primeras palabras? Muchos han dicho eso y otros tantos lo han negado con igual fuerza.

JUAN.- Sólo Dios es el único que crea de la nada. Vemos un ciervo, lo pintamos. ¿Quién ha hablado?

DIEGO.- Pero los cazadores pueden señalar la presa y

atacarla con un alarido de guerra. ¿Dónde han oído éste?

JUAN.- Atrevido he sido tomando como dogma lo que no era sino vulgar opinión. Y aún así el hidalgo no es más que el duque ni éste sobrepasa al monarca. Os hacen falta muchos dedos y muchos cazadores para vencer en la contienda.

DIEGO.- No hay afrenta ni menoscabo en conseguir la verdad con la derrota.

JUAN.- Lección me habéis dado y gentil respuesta a mi insolencia arrogante. Pues ya perdón os he pedido, decidme ahora: ¿podéis apagar la luz de una llama diciendo *la-la*?

DIEGO.- No lo creo.

JUAN.- Esto se debe a que el sonido exhalado es abierto y por ello huye y escapa hacia todas las partes sin dar en el centro de la lumbre. Pero ¿y si dijeseis *fo-fo* o *fu-fu*?

DIEGO.- Ahora sí.

JUAN.- Pues esto es causado porque el sonido es un silbido estrecho y los labios se alargan haciendo un tubo como un soplete. De esa manera el aire del fuelle de los pulmones se concentra en un foco y la llama vencida por la corriente se apaga.

DIEGO.- En ascuas me tienes.

JUAN.- Pues quiero enfriar tu espera. Yo digo que de ese vientecillo de la raíz *fu* sale el *fuego* y del *fuego* la *hoguera* y de ésta el *hogar*, y que el fuego se aviva con el *fuelle* y hace poner en *fuga* a las alimañas que salen de su *refugio* por ser quemadas sus madrigueras. Tomad esto con buena nota: *fuego, hoguera, hogar, fuelle, fuga, refugio*.

DIEGO.- Muchos hijos para una sola madre.

JUAN.- ¿Y no es cierto que los hijos y las hijas toman esposa y marido acrecentando la familia?

DIEGO.- Habla sin figuras pues éstas antes oscurecen que pintan.

JUAN.- Quiero decir que si el curso de las palabras fuesen líneas paralelas sin nunca jamás tocarse entre sí no podría entonces existir el lenguaje pues cada voz atrae a las vecinas ya sea por su sonido o por el concepto que representan.

DIEGO.- Según esto, los racimos de las palabras que cuelgan de una sola raíz se enzarzan y entremezclan en modo que las varias voces quedan obligadas a tomar un camino en las encrucijadas y ésta es razón suficiente para que no se reconozcan las causas primeras en los efectos últimos.

JUAN.- Mal que os pese quiero pintar el argumento para cuando vuestros ojos se curen de legañas y podáis mirar con ojos nuevos lo que ahora no veis.

DIEGO.- Pues lavarme he la cara para comprenderos.

JUAN.- ¿Pensáis que los ríos y los afluentes puedan vivir solos de sí mismos sin mezcla de todos los demás ríos?

DIEGO.- No, de ninguna manera, puesto que los ríos deben morir a juro en el mar para que éste reparta y conceda el agua al capricho del viento y de las nubes.

JUAN.- Ese mar es la alegoría de la lengua y los ríos las palabras que usamos al hablar, pues estas voces serían fantasmas sino procediesen de aquella.

DIEGO.- Fantasmas o seres de carne y hueso, he oído decir a los gramáticos que esas palabras pueden cortarse en trozos.

JUAN.- Así es, y vos mismo podéis hacer la prueba de ello. ¿Qué diferencia la voz *perro* de la palabra *perra*?

DIEGO.- Pues que una designa al macho y la otra a las hembras como se ve por el final de la palabra.

JUAN.- ¿Y podéis dividir esas dos palabras en partes más pequeñas mientras conservan el sentido?

DIEGO.- No puedo.

JUAN.- ¿Y no hemos llamado signos a la materia sonora que se adhiere a un concepto? Pues si esto es así tenemos que admitir que esos signos sencillos se juntan entre sí para formar otros más complejos como vemos en *perro*, que una de esas particillas nombra el animal y la otra el género.

DIEGO.- No veo que pueda ser de otro modo.

JUAN.- Y de esas dos partes mínimas es razonable pensar que ambas no han aparecido juntas en el mismo tiempo sino que una es más antigua que la otra como vemos que ocurre más veces que los niños nazcan uno detrás de otro a que sean gemelos. ¿Y cuál creéis que haya sido la primera?

DIEGO.- Pienso que aquella que significa más y encierra la sustancia del nombre y luego los accidentes de ésta que ciñen el sentido.

JUAN.- Así pues, el sonido *perr* nos dice más que si éste es macho y hembra, pues machos y hembras hay muchos y *perro* solamente hay uno. Decidme ahora ¿llamáis a vuestro perro con el nombre de *can*?

DIEGO.- Yo no hablo latín sino vulgar romance.

JUAN.- Como los gramáticos no hallan una voz latina semejante a *perro* dicen que esta palabra es anterior a la venida de los romanos y que ésta imita el sonido que hacen los pastores cuando guardan al ganado viendo que *perr* se parece a *berrear*.

DIEGO.- ¿Qué queréis en esto, que no os entiendo?

JUAN.- Digo que las particillas más antiguas son más fáciles de conocer sus orígenes mientras que las más nuevas como saber si un animal es hembra o macho o si se habla de una o varias cosas es materia mucho más oscura aun siendo éstas particillas más cercanas a nosotros. Con decirnos esto, pienso concluir mi razonamiento pues no es cortés que uno solo posea la palabra.

DIEGO.- Creo que las voces naturales que imitamos son el acto creador del lenguaje y que esas particillas nuevas se rigen por la ley de la analogía.

JUAN.- ¿Qué entendéis por analogía?

DIEGO.- Entiendo por ello la ley por la cual unas voces no imitan a los sonidos de la naturaleza sino que imitan a otras voces y de ese modo vemos que los niños dicen *morido* en vez de *muerto* imitando así formas como *comido*, *bebido* o *dormido*. Y esta analogía reduce la cantidad de palabras de una lengua que sería mayor si no estuviese y además que favorece la memoria pues ésta no podría llevar por sí misma el peso si tuviera que cargar con muchos nombres.

JUAN.- Muy bien me parece esto y entiendo que las ovejas dispersas y fuera del redil no hacen un rebaño y que si verbos como *cantar, jugar, saltar, bailar* y otros semejantes no tuviesen unas mismas formas no sería posible hablar unos con otros.

DIEGO.- Paréceme que otra vez nos hemos apartado de nuestra senda y debemos nuevamente seguir nuestras pisadas. Decidme si creéis por cierto que el origen del lenguaje está situado en nuestro cerebelo pues cuando un hombre cae de la escala y se descalabra la cabeza vemos que a veces no puede decir nada durante mucho tiempo o tal vez nunca.

JUAN.- ¿Diréis que la música está en la vihuela o en el músico?

DIEGO.- En el músico tengo por cierto.

JUAN.- Y si se rompen las cuerdas de la vihuela ¿olvida el músico su arte? Pues así el hombre que recibe un golpe en la cabeza pierde el habla pero no la facultad de hablar.

DIEGO.- Soy contento de vuestras razones, mas ahora quisiera haceros una pregunta y espero estar satisfecho de vuestra respuesta. Dicen algunos gramáticos que el hombre comienza a hablar porque tiene órganos dispuestos para el lenguaje.

JUAN.- ¿Qué decís? ¿Acaso los pulmones no sirven para la respiración, ni los dientes para masticar la comida y la lengua para ensalivar los alimentos? ¿Y los animales no tienen también pulmones para liberar el aire y dientes para masticar la comida y lengua para ensalivar el alimento? Yo os digo que en todas estas cosas el hombre no se diferencia de las bestias y que pulmones, dientes y lengua no se han hecho para otra razón que la suya propia y el habla es una facultad añadida que el hombre encuentra y descubre tomando de otras partes.

DIEGO.- Por allí viene Luis a buscarme. Yo os convido desde ahora para de hoy en ocho días nos encontremos en este punto pues son varias las cosas me quedan que demandar.

JUAN.- Yo por mi parte lo prometo.

Pablo Galindo Arlés
20 de febrero de 2017

